

TÀPIES

“LLEGO AL EXTREMO DE PENSAR QUE QUIENES DESEAN IMPLANTAR DE NUEVO EL CLASICISMO TIENEN UNA ENFERMEDAD Y LA ESTÁN CONTAGIANDO. EL CLAROSCURO, LA PERSPECTIVA, LAS COSAS MOVIÉNDOSE EN UNA ESPECIE DE DIORAMA, LAS FIGURAS COMO TÍTERES, MOVIDAS POR HILILLOS DE ULTRATUMBA, DIRIGIDAS POR UN SER SUPERIOR; ESO ES UNA GUERRA A LA REALIDAD”.



NÚRIA ESCUR PERIODISTA

Cuando se pasea por su taller, en silencio, mirando los cuadros que yacen por el suelo, a uno le parece que de aquel cementerio de arte saltarán, de pronto, los signos, que las cruces adquirirán vida y los trapos y los botes encerados iniciarán algún rito satánico. En el taller de Antoni Tàpies los pasos resuenan, parece que la cámara oculta hará saltar el dispositivo de un momento a otro y las telas, la espuma, el cartón y el papel de estraza repartirán mordiscos a diestro y siniestro.

Mantiene ese tono sombrío, de zapatillas gélidas y cabellos canosos, desde que a los 18 años una tuberculosis le obligó a ser taciturno y devorar novelas rusas y francesas del siglo XIX. A los 27 años presentó su primera exposición en Barcelona. Un par de años más tarde comenzaría el alud que ha alimentado el mito Tàpies: exposición en Nueva York, premios de la UNESCO, de la David Bright Foundation, del Carnegie Institute, Gran Premio del Presidente de la República Francesa, exposiciones antológicas en Hannover, Viena, Hamburgo y Colonia... y así, del azar a la metáfora, Antoni Tàpies se convirtió en el pintor estandar de la juventud progresista catalana, cuando —entre declaraciones antifranquistas y campañas antiapartheid— cultivaba el misticismo pictórico.

Muchos no le han entendido. Otros fingieron que le entendían. Y, finalmente, Antoni Tàpies ha querido demostrar

que nada está más cerca de la genialidad que la sencillez: él, a quien le gusta pintar en pijama o en calzoncillos y filosofar entre los iris latifolia y las palmeras de su terracita, sabe perfectamente que es —nada menos— miembro honorario de la Academia Real de Bellas Artes de Estocolmo. Él, que tiene repartidos cuadros por los más lujosos comedores europeos, no se libra hoy, aquí, en el menudo y confortable saloncito, de la ciática que le ha estropeado la tarde. La astrología asocia esta dolencia a todos los sagitarios y Antoni Tàpies nació el 13 de diciembre de 1923. No hay arma más peligrosa que un pincel sirviendo de flecha.

—Hace unos días eso fue un drama, porque tuve una especie de accidente. Desde el mes de agosto me encuentro mal, muy mal; tuve una angina de pecho, demasiado esfuerzo... levantando un cuadro.

—La pintura va a matarle.
—Sí, porque hago tonterías.

—¿Le molesta su condición de “catalán universal” o ya lo tiene asumido?
—Uno mismo no lo advierte. Los artistas conocidos son como maridos engañados: son los últimos en saberlo. Sólo sé que, pese a quienes me lo echan en cara, representar a mi pueblo es un honor.

—Usted ha expuesto en todas partes: Francia, Alemania, EE.UU... debe de ha-

ber detectado matices culturales curiosos. ¿Qué público ha sido el más agradecido ante la obra de Tàpies?

—¡Ah! El gran problema de los pintores es que no tenemos el público delante, como los cantantes, ni podemos ver cómo reacciona. Las exposiciones, a veces, las hacen sin que tú lo sepas.

—Ciertos críticos se obstinan en dejar claro que usted es un pintor “universal”, casi “cosmológico”. Pero, ¿quién le ha comprendido mejor?

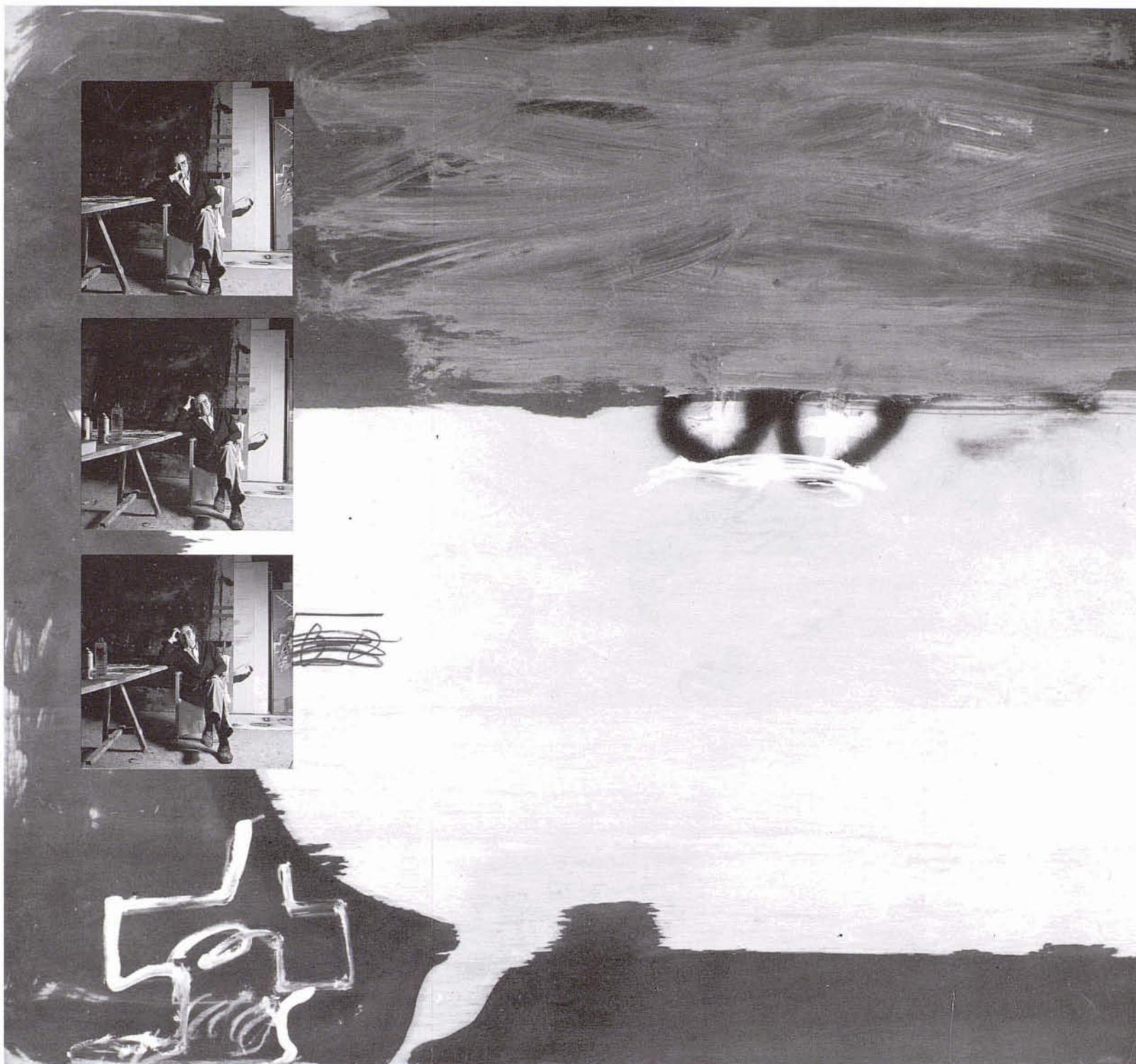
—A veces, la gente más sencilla: el electricista, el carpintero, los que cuelgan los cuadros de una exposición. También, en cierta ocasión, un señor tuvo un infarto ante uno de mis cuadros.

—¿Tanto le impresionó?

—No, no. Fue casualidad. Pero mientras iban a buscar la ambulancia, siguió en el suelo, sin apartar la mirada de mis cuadros y, luego, me explicó que eso le había proporcionado “un gran alivio espiritual”. Increíble, ¿verdad? Pues sucedió en el Museo de Cuenca. Además, era un cuadro muy sencillo, hecho con tres láminas de cartón y unos pequeños grafismos. Vaya, en resumidas cuentas estaba mirando una superficie gris.

—¿Cuándo alguien emite un juicio de valor ante uno de sus cuadros, usted intenta corregirle en el comentario o se distrae con las libres —y posiblemente erróneas— interpretaciones?





—Si son gente del ramo les deixo que discutan. Es que hay gente que va muy despistada, ¿no?, mucho, y abren caminos que nada tienen que ver con los reales. Se obsesionan haciendo aquello que dice el poeta Joan Brossa: "querer comer sopas con tenedor", porque tienen unas ideas estéticas preconcebidas. Y al final no hay modo de que puedan tragarlo.

—Pero, imaginémosnos una secuencia: en estos momentos usted tiene cuatro ex-

posiciones en Barcelona (hasta aquí todo es cierto) y uno de los individuos que las visitan sale realmente harto, agotado, diciendo eso de "no entiendo nada". ¿Qué prefiere usted? Que le olvide definitivamente e ignore su pintura por los siglos de los siglos o que intente comprenderla de modo forzado. Y, en ese caso, ¿cómo hacerlo?

—¡Ah! ¡Tantas veces nos hemos lamentado de esto! De esa falta de educación de la sensibilidad que debemos intro-

ducir ya, ¡ahora mismo!, y no desde el Ministerio de Cultura, sino desde el de Enseñanza. Igual que en los demás países enseñan a los críos solfeo y piano; aquí seguimos muy atrasados.

—¿Tánto?

—Bueno, te he engañado un poco, ¿verdad?, porque te he dicho que no corregía a quienes se equivocan y se cierran ante una pintura no figurativa. Algunas veces, si veo alguien que tiene muy cla-



ramente ese problema, sí, le doy una pequeña pista, le digo siempre que debe cambiar de estética, que en el mundo no existe sólo una estética occidental sino que hay otras... y que se fijen en la India si no lo creen.

—¿Está todavía enamorado del orientalismo?

—Lo más importante de la cultura, hoy en día, es advertir que la cultura europea no es ya el centro del mundo.

—Y todo lo que ha asimilado del orientalismo su pintura, lo ha incorporado, también, a su vida privada?

—No es fácil, porque hay cosas que no podemos adaptar. Mire, precisamente ayer, cuando tuve el ataque de lumbago, advertí que quienes diseñan muebles lo hacen, a menudo, con estética japonesa: mesas bajas, muebles bajos. Pero, claro, ellos son gente acostumbrada a arrastrarse por el suelo y yo, para entenderlo, debo esperar a tener un ataque que me duela mucho, para saber lo que cuesta agacharse y recoger el peine o el reloj. De pronto, yo era un ser altísimo que no llegaba abajo y añoraba aquellas mesitas de noche de casa de mis abuelos, aquellas camas a las que se subía con escalerita, y yo era un chiquillo.

—Usted, de niño, no dibujaba ya como los demás. Al parecer lo hacía peor. Y, precisamente por eso, de modo genial. No quiso ocultar esa poca habilidad bajo la excusa de la originalidad.

—Yo advertía que no tenía habilidad para hacer los dibujos tradicionales. De todos modos, me esforcé y llegué a hacer retratos que, modestia aparte, parecían de Ingres. Tal vez no hayan

hecho otra cosa, pero me dieron mayor habilidad y precisión.

—Leer tratados de filosofía, como hace usted a menudo, ¿le ha ayudado a entender a la humanidad o, por el contrario, a la humanidad debe dejársela tranquila con sus contradicciones?

—Me ha dado puntos de referencia, como la música. La música me puede, mucho, mucho. Lo último que escuché ayer fue una "pasión" de Haendel muy poco conocida.

—¿Hay cosas sagradas en la vida de Antoni Tàpies?

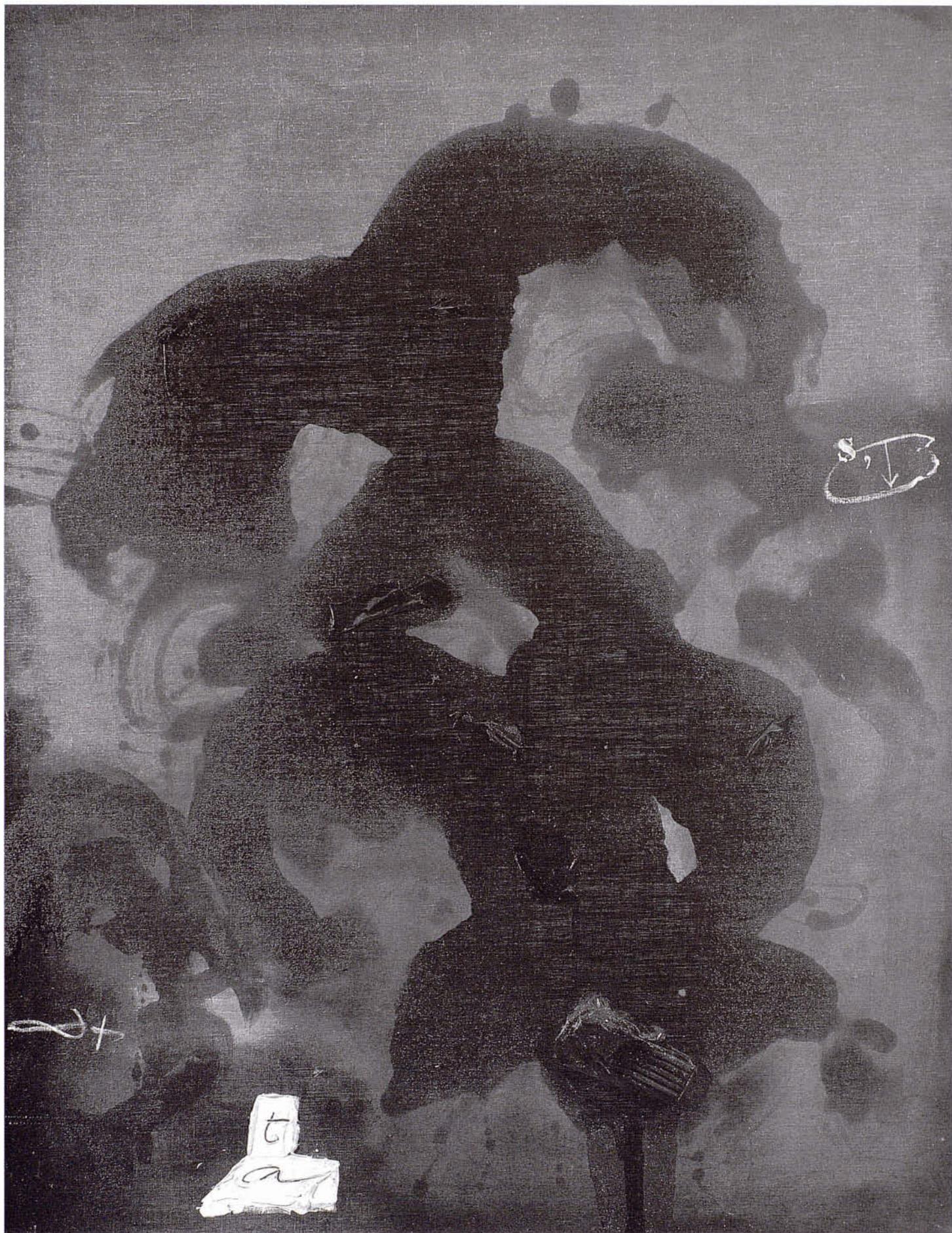
—Sólo una: la continua manía de decir: "ahora, ahora... ahora voy a dar en el clavo".

—¡Ah! ¿Le parece que aún no ha dado en el clavo?

—No, no. Pienso que estoy empezando y que pronto voy a hacerlo bien.

—¿Han sabido copiarle bien? ¿Es posible falsificar fácilmente un Tàpies?

—Hay dos tipos de copiadore: unos lo hacen mal porque no tienen escrúpulos, porque fallan humanamente; los otros, más que copiadore son seguidores que han hecho una Escuela que ha salido de mí. Pero muchos-de los de buena



fe llegan a decirme, de entrada, que me imitan.

—¿Cómo se vive que te consideren "maestro"?

—*Difícilmente, cuando hay un señor de Corea que te escribe cartas y las comienza "querido maestro" o un pintor chino que, a través de mi pintura, ha descubierto la de su país. Los orientales, a veces, desprecian sus tradiciones y quieren parecerse a Occidente. Y, ahora, resulta que gracias a mi pintura alguien descubre China.*

—¿Duda cada vez más o cada vez menos, con la perspectiva de los años?

—*Hay momentos en los que bajo enseguida al estudio y, plis plas, termino un cuadro. Pero, por ejemplo, cuando hice el monumento a Picasso me preocupé mucho, porque no soy un escultor muy bregado. Igual que me preocupa, ahora, una escultura que queremos hacer en el edificio Muntaner y Simón.*

—¿Le inquieta lo que hagan con su obra después de su muerte?

—*Sí, mucho. Por eso hemos creado la Fundación Tàpies. Será muy costosa, quizás debamos esperar dos años y medio.*

—¿Le suena eso de que "para hacer cualquier trabajo en profundidad hay que ser un solitario"?

—*Sí, es mío, y todavía lo pienso. El artista es un solitario, en el fondo y en la forma. En el fondo porque debes concentrarte, hacer una introspección, buscar la encrucijada, esa "X" que tanto pongo en mis cuadros, esas cruces en las que se confunde lo que estás mirando de la realidad con la propia realidad. La cruz es una coordenada donde observador y cosa observada se desconocen por completo.*

—¿Y eso no conduce al egocentrismo?

—*Ni soñarlo. La lucha es para descubrir la verdadera realidad, para descubrir el universo. No es un capricho. De todos modos, la caridad comienza por uno mismo, y la ética también.*

—¿Debe de ser muy doloroso considerarse pintor de izquierdas cuando los hay que afirman que no hay ya auténtica izquierda?

—*Me considero pintor del progreso e imagino que eso es ser de izquierdas. Ahora he descubierto que la cultura puede ser de derechas o de izquierdas, pero no de un partido de izquierdas o*



de un partido de derechas porque, por desgracia, ocurre que la derecha puede ser más osada cuando —ya lo sabemos— los partidos de izquierdas tienden al arte populista, demagógico, de crítica social.

—¿Admira a algún pintor de derechas?

—*No. Culturalmente me parece que perjudican a la humanidad.*

—¿Una plaga?

—*Llego al extremo de pensar que quienes desean implantar de nuevo el clasicismo tienen una enfermedad y la están contagiando. El claroscuro, la perspectiva, las cosas moviéndose en una especie de diorama, las figuras como títeres, movidas por hilillos de ultratumba, dirigidas por un ser superior; eso es una guerra a la realidad.*

—¿Las fobias y las filias, en el mundo de la pintura, forman parte indispensable del juego cultural, como el fraude monetario?

—*Comienza ya a ocurrirme lo del "vivo lejos de las cosas temporales"; desde hace unos años miro los toros desde la barrera.*

—¿Más allá del bien y del mal?

—*Es donde procuro vivir.*

—Pero queda claro que usted no tendría cuadros de según qué pintores en este comedor.

—*Porque intento rodearme, sólo, de lo que conecta espiritualmente conmigo. Lo último que he adquirido son unas pinturas tántricas que todavía están en el extranjero, todavía no me han llegado. Y con los pintores de Occidente procuro hacer intercambios, ¿ve ahí, a la izquierda, ese Picasso?, ésta es la gran ventaja del pintor, que puede cambiar cuadros.*

—¿Y la gran preocupación?

—*Uno empieza a ver su vida humana limitada. He comprobado, ahora, que la salud puede fallar en cualquier momento y de ahí surge la Fundación, un intento de poner en práctica mis ideales cuando yo no tenga ya tiempo de hacerlo. Aquí quedarán los amigos, los entendidos, cuando yo muera. Bueno, no podremos abrir hasta dentro de tres años y, tal vez, entonces el panorama haya cambiado.*

—Siempre quedará algún valor esencial que el tiempo no haya logrado modificar.

—*El amor por el conocimiento. Es la cosa más bonita del universo. La humanidad no podría funcionar sin la curiosidad. ●*